

SEGUNDA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA

EN QUE SE DECLARA LO QUE SE HA DE PEDIR

y las oraciones de la Santa Madre Iglesia.

Ya hemos visto como sabeis lo que habeis de creer, que es lo primero. Vengamos á lo segundo, que es lo que se ha de pedir. Decid: ¿quién dijo el Padre nuestro? -Jesucristo. -¿Para qué? -Para enseñarnos á orar.

Después de haber advertido Jesucristo á la multitud que le seguía el secreto con que debían hacer sus buenas obras, especialmente las limosnas, pasó á enseñarles también el modo con que habían de orar, y dió principio á esta paternal instrucción previniéndoles¹: que no imitasen á los hipócritas que puestos en pie oraban en las sinagogas y en los ángulos de las plazas para ser vistos de los hombres, porque éstos, dijo, ya recibieron su premio (en su vanidad); que tampoco imitasen á los paganos que hablaban mucho en la oración, creidos de que hablando mucho serían mejor oídos. Nada de esto hagais, añadió, porque vuestro Padre celestial sabe lo que es necesario. Hechas estas prevenciones, vosotros, dijo, habeis de orar así: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día². dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas libranos de mal. Amén. Aquí concluyó el Soberano Maestro esta divina oración, que llamamos *Padre nuestro* por la palabra con que principia. Oración breve, pero que contiene cuanto se puede pedir á Dios santamente. Oración perfecta, que debe ser el modelo de todas las oraciones. Oración, en fin, que dictó el mismo Hijo de Dios para enseñarnos á orar.

¿Qué coga es orar? -Es levantar el corazón á Dios y pedirle mercedes.

¹ Matth. VI, 5 et seq.

² Lúc. XI, 3.

Orar es dirigirse el hombre á Dios buscando en su infinita bondad el manantial de sus bienes, y en su infinita misericordia el remedio de sus males; es ir á presentar en su divino acatamiento la muchedumbre de sus miserias para que se apiade de él y se mueva á socorrerlo; es ir á implorar el perdón de sus pecados y los auxilios de la gracia para no volver á cometerlos; es, en fin, ir á suplicar que le conceda aquellos bienes espirituales que necesita para salvarse, y aquellos bienes corporales que convengan á su salvación: de donde se sigue, que la oración no es otra cosa que un movimiento del alma que se dirige á Dios, pidiendo su salvación y lo que convenga á su salvación. La oración es necesaria, porque lo es la salvación que se pide en ella, y Dios no quiere conceder la salvación á los que han llegado al uso de la razón, sin que se le pida. Es verdad, dice San Agustín¹, que el Señor nos da algunas cosas sin que se las pidamos, como son el principio de la fe, el deseo de orar, los primeros movimientos hacia el bien, y otras á este modo: pero son infinitas las que no quiere darnos sin que se las pidamos, como son la gracia santificante, la victoria contra las pasiones, y sobre todo el don de la perseverancia final, sin el cual no hay salvación para nosotros. Por esto nos exhorta tanto Jesucristo á que velemos y oremos. Velad y orad, nos dice por San Mateo². Velad y orad, nos repite por San Marcos³. Velad, orando en todo tiempo, añade por San Lucas⁴; y como si no bastaran tan multiplicadas exhortaciones, añade su ejemplo. Pasaba el Señor noches enteras orando⁵ y no entraba en alguno de los sucesos principales de su vida sin prepararse con la oración. Antes de dar principio al ministerio de su divina predicación, oró mucho tiempo en el desierto, y la víspera de su santísima pasión oraba en el huerto con tanto fervor, que llegó hasta sudar sangre. Se engañan, pues, lastimosamente aquellos cristianos que miran la oración como propia únicamente de eclesiásticos y religiosos, y de algunas personas dedicadas á la piedad. En el orden que ha establecido el Señor para la salvación de los hombres, la oración es absolutamente necesaria á todos los que han de vivir y morir en la divina gracia y entrar en la eterna gloria.

Condiciones principales de la oración.

Atención. El sumo respeto debido á la Majestad de Dios, con quien vamos á hablar en la oración, exige de nosotros una atención reverencial y constante. Cuando nos po-

¹ De don. persever, XXVI.

² XXVI, 41.

³ XIII, 33.

⁴ XXI, 36.

⁵ Lúe. VI, 12.

nemos á orar, debemos entrar en espíritu, según el pensamiento de San Bernardo¹, en la sociedad de los bienaventurados, y considerar al Rey de la gloria sentado sobre un trono infinitamente más brillante que las estrellas. ¡Cuál deberá ser nuestra atención! Seguramente no se verá que un hombre, cuando está suplicando á los piés del trono de un monarca de la tierra que le perdone sus hierros, que le remedie sus necesidades, ó que le conceda gracias y mercedes no conserve la atención más respetuosa, más viva y más constante. Pues ¿cuál deberá ser la nuestra cuando estamos pidiendo estas mismas cosas al Monarca de los cielos?

Pero se dirá que es imposible conservar una atención semejante; que tanto nuestro pensamiento como nuestra imaginación son indomables; que dan vuelta al mundo sin licencia y sin advertirlo su dueño; y, en fin, que estamos tan sujetos á distraernos, que muchas veces, como observa Santo Tomás, el mismo empeño que tomamos en no distraernos, es una distracción, porque pasamos á ocuparnos del empeño. Convenimos en que todo esto, por desgracia, es demasiado cierto, pero es necesario convenir también en que el hombre conserva sobre su pensamiento e imaginación, á pesar de haber quedado tan desordenados por el pecado original, una parte de su primer dominio, el cual debe emplear haata donde alcance, para conservar su atención en la oración y no distraerse *voluntariamente*, porque las distracciones *involuntarias* no perjudican á la oración.

Humildad. La inmensa majestad de Dios, á quien vamos á suplicar; nuestra indignidad, la multitud de nuestras miserias, nuestra pobreza y la suma necesidad que tenemos de que el Señor nos mire con piedad y nos socorra... todo está clamando humildad en el que ora; y no habría cosa más insufrible que presentarnos sin humildad á pedir á Dios sus gracias e implorar sus misericordias. Las sagradas Escrituras casi nunca nos hablan de la oración sin juntar con ella la humildad. Ya nos dicen que la oración del humilde penetra en las nubes²; ya que el Señor mira la oración de los humildes y no desprecia sus ruegos³; ya que en vano se le edifican templos y se le ofrecen sacrificios ó inciensos, si no los acompaña un espíritu contrito y humillado⁴; pero sobre todo, la parábola del fariseo y el publicano es la prueba más concluyente de la necesidad de orar con humildad. Dos hombres subieron al templo á orar, dice Jesucristo⁵, el uno fariseo y el otro publicano. El fariseo, estando en pié, oraba en su interior de esta manera: «¡Oh Dios! gracias os doy porque no soy como los otros hombres robadores, injustos, adúlteros, así como este publicano. Ayuno dos veces á la semana, y doy diezmo de todo lo que po-

¹ Serm. II, 5 Vid.

² Eccl. XXXV, 21.

³ Ps. CI, 18.

⁴ Ps. L, 18, 19 Isai. LXVI, 1 et seq.

⁵ Luc. XVIII, 10.

seo.» El publicano, por el contrario, estando á lo lejos, no osaba ni aun levantar sus ojos al cielo, sino que hería su pecho diciéndolo: «¡Oh Dios! mostraos propicio á mí, pecador». Os aseguro, concluye Jesucristo, que éste, y no aquél, volvió justificado á su casa, porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

Confianza. La humildad en nada debe disminuir la confianza con que hemos de pedir á Dios. El Señor se agrada del alma que, prevenida de la humildad, se acerca á pedirle con confianza. Es ésta tan necesaria en el que ora, que el Apóstol Santiago nos asegura¹ que un alma que pide sin confianza es semejante á una ola del mar que, agitada del viento, es traída acá y allá, y que no piense que ha de recibir cosa alguna del Señor; y esto es muy justo, porque ¿qué podremos alegar para orar sin confianza? ¿Que no somos acreedores á las gracias que pedimos? ¡Ah! eso es tan cierto, que los mayores Santos han confesado lo mismo. ¿Que el Señor no puede concedernos cuanto bueno le pedimos? Eso sería negar su omnipotencia. ¿Que no quiere? Eso ofendería su bondad. ¡Oh cristianos! si nuestra confianza se fundara en la generosidad de los hombres, sería muy razonable nuestra desconfianza; pero se funda en la generosidad de Dios: ¿qué mayor seguridad? Es el Señor un Padre cariñoso, que nos ama con más ternura que todos los padres del mundo á sus hijos; que está siempre dispuesto á oírnos favorablemente, y que desea que no pongamos estorbos á su bondad para hacernos felices. Jesucristo dirigió una reprensión muy viva á todos aquéllos que no ponían una entera confianza en su Padre celestial. Si alguno de vosotros, leí; dijo², pidiere pan á su padre ¿por ventura le dará una piedra? O si le pidiera un pez ¿le dará por pez una serpiente? O si le pidiera un huevo ¿le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabeis dar cosas buenas á vuestros hijos, ¿Cuánto más vuestro Padre celestial dará buen espíritu á los que se le pidan? Contemos, pues, con la caridad inmensa de nuestro Padre celestial: presentémosnos á pedirle con una confianza. humilde y filial, y no dudemos que nos dará, no precisamente lo que le pidamos, sino *á las veces,* otra cosa mejor, que será aquéllo que nos convenga.

Perseverancia. No basta orar con atención, humildad y confianza; es necesario además orar con perseverancia. Jesucristo no solamente exhortaba con frecuencia á la perseverancia en orar, sino que se valió de las parábolas y ejemplos más enérgicos para persuadirla. Después de decirnos³ que conviene orar siempre y no desfallecer, nos propone la parábola de una viuda que, á costa de mucho tiempo y de continuas instancias, obliga al fin á un juez injusto á que la haga justicia. En otra parte⁴ nos propone la de un

¹ Ep. cath. 1. 6. 7.

² Lúe. XI, 11, 12, 13.

³ Lúe. XVIII, 1 et seq.

⁴ Id. XI, 5 et seq.

hombre que vá á pedir á media noche tres panes prestados á un amigo, y aunque el amigo se resiste á levantarse y abrir su puerta en aquella hora, tanto lo importuna, que al fin consigue que se levante y le dé cuantos panes necesita: pero sobre todo en el ejemplo de la Cananea¹ parece que no solo quiso hacernos patente la necesidad que tenemos de perseverar, pidiendo hasta conseguir, sino darnos también el modelo más acabado de la perseverancia.

Era esta una mujer pagana de la raza de Canaán. Había oído hablar mucho de los prodigios que obraba Jesucristo, y como supiese que se acercaba á los terminos de Tiro y Sidón, donde ella moraba, corrió á su encuentro, y apenas alcanzó á verle, principió á clamar: Señor, hijo de David, tened misericordia de mí. Mi hija está malamente atormentada del demonio: pero el Señor continuaba su camino sin contestarla ni dar á entender siquiera que la oía; más no por eso cayó de ánimo. Constante en su petición, seguía á Jesucristo, clamando: Señory hijo de David, tened misericordia de mí. Cansados los discípulos de oír sus clamores, se acercaron á Jesucristo, y le rogaban diciendo: Despáchala, Señor, porque viene clamando tras de nosotros; pero el Señor les respondió: Yo no he sido enviado sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Esta respuesta de Jesucristo fue para la suplicante mucho más dolorosa que había sido su silencio, pues nada la dejaba que esperar, puesto que ella era cananea y no pertenecía á la casa de Israel; pero esta mujer admirable, en vez de desanimarse, redobla su fervor, corre, se abre camino por entre la multitud, se presenta delante de Jesucristo, se postra á sus divinos pies, le adora y clama: Señor, socorredme. Un rasgo tan tierno, una fé tan viva, una esperanza tan animada, una postura tan humilde, y una suplica tan fervorosa y reverente, aún no hicieron impresión, al parecer, en el ánimo de Jesucristo. No es bueno, la respondió, tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros. Esta segunda respuesta era capaz de intimidar y desesperanzar á la misma esperanza. Sin embargo, esta mujer, este modelo de la perseverancia, saca de ella un nuevo motivo de esperanza. Sin dejar su humilde postura, toma, por decirlo así, la palabra á Jesucristo y replica con viveza: Es verdad, Señor, que no es bueno echar el pan de los hijos á los perros; pero también los cachorrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus dueños. ¡Oh mujer! dijo entonces Jesucristo; grande es tu fé. Hágase como lo pides; y desde aquella hora quedó sana su hija. Tal es el modelo que nos presentó Jesucristo para que conociésemos la necesidad de orar con perseverancia, y el término hasta donde debemos llevar nuestras súplicas e instancias. Si esta fervorosa madre no hubiera perseverado en pedir, su hija no habría logrado sanar; y si este modelo de perseverancia no hubiera llevado tan adelante su pretensión, tampoco habría cogido el fruto de su oración.

¹ Matth. XV, 22 et seq.

Y el éxito es más cierto si uno pide para sí¹, porque á veces el otro rechaza la gracia que Dios le da, y Dios exige cooperación.

Petición. Entre las cosas que podemos pedir hay unas que siempre son buenas para nosotros, porque ni nosotros podemos hacer mal uso de ellas, ni ellas pueden dejar de ser buenas. Estas son la felicidad eterna y los medios para conseguirla, esto es, la gracia y las virtudes; y estas cosas debemos pedir las absolutamente, porque absolutamente son buenas para nosotros. Hay otras que no siempre son buenas para nosotros, ó porque nosotros podemos hacer mal uso de ellas, ó porque ellas nos pueden ser perjudiciales. Estas son las felicidades temporales, los bienes, los honores, la salud y la vida: y éstas debemos pedir las condicionalmente, esto es, si nos convienen, porque, son muchos los casos y circunstancias en que no nos convienen. Además, es necesario pedir con orden; primero las cosas que son absolutamente buenas, y después las que lo son solo condicionalmente. Jesucristo enseñó toda esta doctrina en una sola sentencia. Buscad primero, dijo², el reino de Dios y su Justicia, y todas estas cosas (las temporales) se os darán como por añadidura. Y efectivamente, el primero, el grande, y en rigor el único objeto de nuestras peticiones, debe ser el reino de Dios y los medios para conseguirlo, que son las obras de Dios.

Es verdad que también podemos pedir cosas temporales, pero no ha de ser para fijarnos en ellas, sino para que nos sirvan de paso al reino de los cielos. «Hermanos, escribía San Pablo á los Corintios³, el tiempo es breve: lo que resta es que los que tienen mujeres, sean como si no las tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; porque pasa la figura de este mundo.» Dios no nos concede las cosas temporales para que nos fijemos en ellas, sino para que nos valgamos de ellas en nuestro viaje al cielo: por consiguiente, si no nos han de servir para hacer este gran viaje, no debemos pedir las, y si nos han de estorbar, debemos pedir que no se nos concedan. Si la hacienda, la honra, la salud, la vida misma han de impedir nuestra salvación, debemos desear que Dios no nos las conceda, por más que se las pidamos, porque no nos importa poseer bienes u honores, ni disfrutar buena salud y larga vida en el mundo, sino vivir y reinar eternamente en el cielo.

En nombre de Jesucristo. Todas nuestras peticiones se han de hacerse en nombre de Jesucristo. Dios en los consejos de su eterna sabiduría, ha determinado no conceder mercedes á los hombres, sino en nombre de su santísimo Hijo. No hay salud en ningún

¹ *Suar. t. 2 de Relig. L. 1. c. 27.*

² Matth. VI, 33.

³ 1. Ep. VII, 29, 30 et 31.

otro, dice San Pedro¹, ni hay otro nombre bajo el cielo en que podamos salvarnos. Pero ¿qué es pedir en nombre de Jesucristo? Es unir nuestras oraciones á su mediación, y apoyar nuestras súplicas sobre sus méritos. Es preguntarnos á los pies del trono del Eterno Padre á implorar sus misericordias Y pedir sus gracias por medio de su amantísimo Hijo. Es valerse de un mediador, no solamente poderoso, sino también necesario, porque, como dice San Agustín², la oración que no se hace por Jesucristo, no solamente no quita el pecado, sino que ella misma es pecado: *esto es que pecaría quien creyese merecía ser oído de Dios prescindiendo de los méritos del Redentor divino.* Por eso nuestra Madre la Iglesia concluye sus oraciones con estas palabras: *por nuestro Señor Jesucristo*. Conclusión humilde y llena de consuelo, dice el Sr. Bossuet³. Humilde, porque confiesa nuestra insuficiencia; y llena de consuelo, porque nos muestra en quién está nuestra fuerza; y esto se extiende tan lejos, que aún cuando interponemos con Dios las intercesiones y méritos de los Santos, como así mismo los de la Santísima Virgen, añadimos también á ellas esta necesaria conclusión: *por nuestro Señor Jesucristo*; porque, en efecto, á Jesucristo somos todos deudores de las gracias que recibimos de su Eterno Padre, y de la paciencia y misericordia que usa con nosotros. Jesucristo es el Sacerdote eterno⁴, establecido en la casa de Dios para interceder siempre por nosotros: es el gran Justo que tenemos en el cielo por abogado para con Dios; es el Pontífice santo, inocente, inmaculado separado de los pecadores y colocado sobre los más altos cielos, que presenta por nosotros á su Eterno Padre el inmenso sacrificio de su pasión y muerte.

Oración mental y vocal. La oración mental es toda interior, y consiste en súplicas que hacemos á Dios, sin valernos de palabras. La vocal es además exterior, y consiste en súplicas que hacemos á Dios, valiéndonos de ellas. La oración mental puede hallarse, y se halla muchas veces, sin la vocal, pero la vocal jamás puede hallarse sin la mental. La oración vocal sin la mental no es otra cosa que un ruido de palabras, porque nada importa que se muevan los labios si no pide el corazón. La oración vocal es más cumplida y más llena; porque suplican á un tiempo la lengua y el corazón, y se ofrecen al Señor la sumisión del espíritu y el sacrificio de los labios; pero la oración mental es la esencial.

Meditación. Mas no debe confundirse la oración mental con la meditación, aunque una y otra sean interiores. Meditar no es orar. Meditar es discurrir y reflexionar. El que trata de un negocio grave ó de una resolución importante, piensa, reflexiona, discurre, pero no ora ni pide. La meditación, pues, no es oración. Esto es indudable; mas también lo es que la meditación es el alma de la oración. Por eso los varones sabios y piadosos

¹ Act. IV, 12.

² In Ps. 108.

³ Medit. sobre los Evang.

⁴ Ebr. VII, 31...

que han tratado de la oración, han enseñado constantemente, que la meditación debe precederla y mezclarse también con ella, si se quiere que sea fructuosa. Efectivamente, la experiencia de todos los tiempos ha hecho ver los admirables frutos que produce la oración, cuando la precede ó acompaña la meditación. Por eso sería de desear que, arreglada por un director sabio y prudente esa multitud de oraciones vocales con que se hallan agobiadas muchas almas piadosas, se entregasen éstas á la meditación, empleando en ella una parte del tiempo que ahora gastan en rezar. Su corazón se mejoraría, y adelantaría más en un día con la meditación y oración, que en un año con esa multitud de rezos, dice el cardenal Cayetano.

Penetrados de esta verdad los santos fundadores de las religiones, han cuidado mucho de que en sus comunidades preceda la meditación á la oración, especialmente á la mental; y los sabios del cristianismo, persuadidos de esta misma verdad, han escrito hermosos tratados de meditación y oración, presentando en ellos, con una energía admirable, las principales verdades de la religión para preparar materia á la meditación, y han dado al mismo tiempo reglas llenas de prudencia para la dirección de los fieles en este asunto importante. Entre ellos el venerable P. Fr. Luis de Granada, cuyas obras componen un siglo de literatura piadosa, escribió un tratado de la meditación y oración, tan acabado y proporcionado á toda clase de personas, que nunca será alabado ni recomendado bastante. Lo que ha enseñado este pequeño libro, las almas á quienes ha desengañado, y las que ha sacado del camino del vicio y llevado al de la virtud, son innumerables. Por otra parte, su coste es tan proporcionado, que apenas habrá quien no pueda comprarlo, y menos quien no se determine á hacer este corto sacrificio por el bien de su alma.

Oración común. Esta es la que hacen dos, tres ó más personas reunidas. Jesucristo la dejó recomendada de un modo muy eficaz, prometiéndonos que si dos de nosotros nos reanésemos á pedir alguna cosa sobre la tierra, nos será concedida por su Padre, que está en los cielos; porque donde están dos ó tres congregados en mi nombre, añadió¹, allí estoy en medio de ellos. ¡Qué recomendación puede darse más eficaz de la oración común, que asegurarnos el mismo Jesucristo que El está en medio de los que así oran, para que su Padre celestial les conceda lo que piden! Esto hacía que los cristianos de los tiempos fervorosos, sin distinción de eclesiásticos y seglares, se reuniesen á orar en la Iglesia al amanecer, en varias horas del día, al anochecer, y aun á media noche; y esto ha hecho también que la oración común se haya conservado en una parte del estado eclesiástico, como en las corporaciones de catedrales, colegiatas y algunas otras, y particularmente en las comunidades religiosas. Los fieles deben procurar seguir, en cuanto

¹ Matth. XVIII 20.

buenamente se lo permitan su estado y circunstancias, esta práctica de orar en común, concurriendo al templo del Señor á implorar en él, sus misericordias y solicitar sus gracias, bien sea orando reunidos ó bien sea orando cada uno por sí solos, pero congregados en la casa de oración, y unidos en un mismo espíritu de fé, religión y piedad.

Oración particular. Esta es la que hace cada persona retirada de las demás. También es muy provechoso, y algunas veces más que la común porque la soledad y el silencio contribuyen mucho al recogimiento, y el que ora en su retiro no se halla oprimido por los miramientos humanos, y tiene libre su espíritu para entenderse con Dios, y entregarse á los sentimientos piadosos de su corazón. Los solitarios y anacoretas oraban siempre en sus retiros á excepcion de algunos días señalados que se reunían á orar en comunidad. El mismo Jesucristo, que, como hemos visto, se pone, por decirlo así, al frente de la oración común, nos recomienda también la particular. Cuando ores, dice¹, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, suplica á tu Padre en secreto, y tu Padre, que vé lo secreto, te dará lo que le pidas. El cristiano, pues, debe practicar la oración común y la particular, puesto que una y otra están recomendadas por Jesucristo. Debe aprovechar las ocasiones de orar reunido con otros fieles y en público, y las de orar solo y en secreto. En fin, debe valerse de la oración común como de arma más poderosa, y de la oración particular como de arma más acomodada.

Aquí se hace necesaria llamar la atención sobre la católica costumbre; tan arraigada en nuestra pátria, de orar en familia; porque desgraciadamente va decayendo en algunas ciudades. Esta oración participa de los bienes de la común, porque lo es; y de los de la privada; porque se hace en el retiro silencioso del hogar doméstico. La familia es un sér moral, distinto de cada individuo y de toda otra sociedad; tiene á Dios por autor, y le debe por ello especiales y propios cultos.

*¡Qué diferencia entre una familia cuya cabeza vela por mantener en sus miembros el espíritu y prácticas de religión, y otra en que esto se desatiende! ¡Qué respeto y amor á padres y amos, cuando éstos enseñan que se respete y ame al Padre y Amo de todos, Dios nuestro Señor! La reunión de toda la familia para rezar el santo Rosario y leer en un libro piadoso es germen de moralidad, de amor mútuo, de felicidad para la familia, atrae las bendiciones del cielo, y cierra la puerta á innumerables vicios que, á más de ser ofensas de Dios, acarrearán la desolación y la ruina. ¡Qué consuelo en la enfermedad y en la desgracia para un padre, verse animado y esforzado por el ejemplo de paciencia y razones de conformidad que la religión inspira á una esposa ó hija piadosas! ¡ser asistido de su familia con la caridad, única que lleva el amor hasta la heroicidad del sacrificio, y, al verse llegar al trance terrible de la muerte, recibir á tiempo, por la religiosidad

¹ Matth. VI, 6.

de toda la casa, los auxilios de la Religión; y entregar el alma á su Criador en brazos de personas que aman al doliente con amor verdadero, que se acordarán después para socorrerlo con sufragios, para cumplir su última voluntad y bendecir su memoria; de personas, en fin, con quien espera volverse á reunir un día para gozar todas juntas de la vista de Dios eternamente! De estos consuelos se priva quien no fomenta en la familia los sentimientos y ejercicios de la Religión.*

Cuando decís el Padre nuestro ¿con quién habláis? -Con Dios, nuestro Señor.

Cuando decimos el Padre nuestro no hablamos solamente con la primera persona de la Santísima Trinidad, que es el Padre, sino también e igualmente con la segunda, que es el Hijo, y con la tercera, que es el Espíritu-Santo. Hablamos con Dios trino y uno. Decimos *Padre nuestro*, y no del universo, porque en rigor no puede llamarse Padre de aquellas criaturas que carecen de entendimiento para conocerle y de voluntad para amarle, ni tampoco ellas pueden llamarse hijas de Dios, sino criaturas de Dios ú obras de Dios, porque siendo puramente corporales, ninguna semejanza pueden tener con Dios que es un espíritu purísimo. Después de los ángeles, solo á los hombres conviene el augusto nombre de hijos de Dios, ya, en algún modo,* porque hemos sido criados á su imagen y semejanza, y ya, *en sentido más propio,* porque hemos sido adoptados por hijos suyos en virtud los méritos de Jesucristo, *recibiendo el nuevo sér de la gracia;* y por lo mismo, en este mundo, solo los hombres tenemos derecho á llamar *Padre nuestro* á Dios, nuestro Señor.

¿Dónde está Dios, nuestro Señor? -En todo lugar, especialmente en los cielos y en el Santísimo Sacramento del Altar.

Dios está en todas partes, porque es inmenso. Donde quiera que nos hallamos, estamos sumergidos en esta inmensidad, á la manera que los peces del mar, donde quiera que se hallan, están sumergidos en sus aguas; por eso decía David¹: ¿A dónde huiré, Señor, de tu presencia? Si subiera al cielo, Tú allí estás; si bajara al infierno, estás presente; y si tomare las alas del alba y volare á habitar en las extremidades del mar allí me rodeará tu diestra, Dios, pues, está en todas partes, y lo está *por esencia, potencia y presencia*. Por *esencia*, porque está dando el ser, el movimiento y la vida á todas las cosas. En Dios vivimos, nos movemos y somos, dice San Pablo². Por *potencia*, porque todo está sujeto á su imperio. Señor, Señor, Rey Omnipotente, decía Mardoqueo³, todas las cosas están puestas en vuestro poder, y nada hay que pueda resistir á vuestra voluntad. Por *presencia*, porque todo lo tiene á su vista. No hay criatura invisible á sus miradas, y

¹ Ps. CXXXVIII, 7.

² Act. XVII, 28.

³ Estch. XIII, 9.

todas las cosas están descubiertas y patentes á sus ojos, dice el mismo San Pablo¹. Te engañas miserablemente, pecador, si cuentas con las tinieblas para ofender al Señor, porque las tinieblas no son oscuras para Dios², y la noche luce, como el día, en su presencia. Pero Dios está especialmente en los cielos y en el Santísimo Sacramento: en los cielos está como en su corte soberana, llenándolos de su gloria y comunicándola á todos los bienaventurados; y en el Santísimo Sacramento está tan real y verdaderamente como en los cielos, aunque oculto en un misterio; y si no comunica en él su gloria á los hombres les dispensa sus gracias y sus dones para disponerlos á entrar en su gloria.

¿Cuál de las oraciones es la mejor? -El Pater noster.-¿Por qué? -Porque la dijo Jesucristo por su boca á petición de los Apóstoles.

La oración del Padre nuestro no salió de labios humanos, sino de la boca divina de Jesucristo: ¿qué oración podrá compararse con ella? Las oraciones que han dictado los hombres más sábios y más santos en el discurso de todos los siglos, jamás podrán igualarse á esta divina oración, dictada por el mismo Hijo de Dios. Oración superior á todas las oraciones; oración incomparable, porque la dijo Jesucristo por su boca.

¿Por qué más? -Porque tiene siete peticiones fundadas en toda caridad.

La oración del Padre nuestro es también la más excelente de todas las oraciones, porque se compone de siete peticiones fundadas en aquella caridad, que consiste en amar á Dios sobre todo y sin límites ni medida, en amarnos á nosotros ordenadamente y en amar á nuestros prójimos como á nosotros. Las tres primeras pertencen al amor de Dios, su honra y gloria; y las otras cuatro al amor ordenado de nosotros mismo y de nuestros prójimos. Esta oración del Señor, dice San Agustín³, es el modelo de las peticiones, y aun cuando cada uno sea libre para pedir á Dios con palabras diferentes de las de esta divina oración, como lo hace la Iglesia frecuentemente, ninguno es libre para pedir otra cosa que lo que se contiene en esta divina oración; de modo que esta oración celestial es la mas excelente, no solo porque la dijo Jesucristo por su boca, sino también porque es el modelo más acabado, la regla más completa y la expresión más hermosa de la caridad, contenida en sus siete peticiones.

¿Cuáles son? -La primera, santificado sea el tu nombre.-¿Qué pedís en esa petición? -Que el nombre de Dios sea conocido y honrado en todo el mundo.

Cuando pedimos aquí que el nombre de Dios sea santificado, no pedimos para Dios alguna santidad que le falte. Dios es la santidad esencial, de donde procede toda santidad en el cielo y en la tierra. Lo que pedimos es, que Dios sea conocido, adorado y alabado en todo el mundo. Pedimos que los idólatras, que aún adoran dioses falsos, conoz-

¹ Hebr. IV, 13.

² Ps. CXXXVIII, 12.

³ Serm. XVIII, de divers.

can al Dios verdadero, le adoran, le alaben y le sirvan; que los judíos reconozcan en Jesucristo al Hijo de Dios vivo, prometido á sus patriarcas, anunciado por sus profetas, y esperando tanto tiempo y con tantas ánsias por sus padres; que los herejes y apóstatas adjuren sus errores, sujetando la soberbia de su corazón al humilde y divino yugo de la fé; que los cismáticos, que con su lastimosa separación han rasgado la túnica sin costura de Jesucristo, vuelvan reconocidos á la unidad de la Iglesia; y en fin, pedimos que los cristianos que tenemos la dicha de ser los verdaderos adoradores de Dios, honremos á Dios con una vida tan justa y virtuosa cual conviene á sus verdaderos adoradores.

Pero ¿deseamos de veras lo que pedimos en ella? ¿procuramos que, á lo menos por nuestra parte, sea honrado este santísimo nombre? ¡Ojalá que así fuese, y que no se pudiera decir á los cristianos en el día, lo que San Pablo echaba en cara á los judíos en su tiempo! Vosotros, les decía¹, os gloríais en la ley, y deshonrais á Dios quebrantando la ley. Por vosotros, añadía, es blasfemado el nombre de Dios entre los gentiles. En efecto, nosotros no solamente no honramos á Dios con la santidad de nuestra vida, sino que le deshonramos con nuestras malas costumbres; y la relajación que los enemigos de la Iglesia observan en el cristianismo, es acaso la causa principal de que sea blasfemado entre ellos el santo nombre de Dios y de su Hijo Jesucristo. Honremos, pues, nosotros al Señor con la santidad de nuestras costumbres, y tendremos derecho para decir á todo el mundo que honre el nombre del Señor y le santifique.

¿Cuál es la segunda? -Venga á nos el tu reino. -¿Qué pedís en esa petición? -Que reine Dios en nuestras almas acá en la tierra por gracia, y después nos dé la gloria.

Apenas se hallará en las sagradas Escrituras cosa más recomendada á los hombres que el reino de Dios. El Bautista dio principio á su predicación exhortándoles á la penitencia, porque se acercaba el reino de Dios². Con las mismas palabras la principió Jesucristo³, y cuando ya asombraba á los pueblos con su doctrina y milagros, dijo á los Cafarnaitas (que se empeñaban en que no dejase su ciudad): es necesario que yo anuncie también á otras ciudades el reino de Dios, porque para esto he sido enviado⁴. Lo primero que encargó á sus Apóstoles, cuando le acompañaban en su vida mortal, fué que predicasen el reino de Dios⁵; y después de su pasión les hablaba frecuentemente de él en las diversas ocasiones que se le apareció hasta su ascensión al cielo⁶. Tantas y tantas recomendaciones del reino de Dios, prueban la grande importancia de esta petición.

¹ Rom. II, 23, 24.

² Matth. III, 2.

³ Id. IV, 17.

⁴ Lúe. IV, 43.

⁵ Matth. X, 7.

⁶ Act. I, 3.

Más para entenderla bien, es necesario explicar las diferentes significaciones de la expresión *reino de Dios*. *Primero* significa la soberanía universal de Dios sobre todo cuanto existe; y en este sentido decía David: Dios es el Rey de toda la tierra, y reinará sobre todas las gentes¹, *no dándoles código civil como un día á los judíos (y esta y no otra es la teocracia), sino mandando que aquel no contradiga, antes coadyuve á sus mandamientos.* *Segundo*, significa la soberanía particular de Dios sobre los cristianos por medio de la fé y la esperanza, y en este sentido reina particularmente sobre todos aquellos que están dentro del gremio de la Iglesia, á la que tantas veces llama el Santo Evangelio reino de Dios y reino de los cielos. *Por donde la Iglesia Católica, aunque tampoco pretende formar el código civil, tiene el derecho, más alto que otro alguno humano, á que el gobierno y leyes de una sociedad de cristianos no cointraríen, antes protejan sus enseñanzas y sus cánones². * *Tercero*, significa otra soberanía de Dios más particular sobre los cristianos por medio de la caridad, y en este sentido reina, no sobre los que están en pecado mortal, porque sobre éstos reina el diablo (¡reinado horrible!), sino sobre los que están en su divina gracia, y este es el reinado que pedimos principalmente en esta petición. ¡Qué reinado tan feliz! ¡Con cuánto fervor no deberemos pedir que reine Dios en nuestras almas acá en la tierra por gracia para merecer con ella el reino de la gloria!

*Pero ¿y el reino temporal del Papa? Este no es esencial; pero es *moralmente necesario* para que la Iglesia reine con libertad, y el Papa su Cabeza promueva por todo el mundo el reino de la verdad y la gracia. Por eso todos, unidos al Padre común, pedimos á Jesucristo liberte su Vicario de las manos de sus enemigos³*

¿Cuál es la tercera? -*Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. -¿Qué pedís en esa petición? -Que hagamos la voluntad de Dios los que estamos en la tierra como la hacen los bienaventurados en el cielo.*

Por desgracia, entro todos los seres del mundo, solo el hombre, que debía ser el primero en hacer la voluntad de Dios, es el único que la resiste. Se cuentan ya cincuenta y ocho siglos desde que Dios mandó al sol que iluminase al universo, y en tanta multitud de años no ha dejado un solo día de cumplir su divino mandamiento. La luna, las estrellas, todos los astros, esa inmensa mole que llamamos cielos, no han salido en su continuo movimiento ni una sola línea del camino que les señaló tu Omnipotencia. Los mares á pesar de sus borrascas y furiosas tempestades, siempre han respetado las barreras con que los cercó su Criador, aunque solo son de arena. Lo mismo han hecho respectivamente los demás seres. Todos han cumplido y cumplen exactamente con las leyes que

¹ Ps. XLVI, 8, 9.

² *León XIII, Encíclica de 1º de Noviembre 1885, núm. 32 y siguientes.

³ *Syllabus y várias Encíclicas.

les impuso el Omnipotente en el momento de su creación; y si el sol se detuvo alguna vez en su carrera, ó la luna no dió su luz fué para obedecer un nuevo mandato de su Criador. Solo el hombre que, siendo racional y libre, debía cumplir la voluntad de Dios de un modo incomparablemente más noble y más grato á sus divinos ojos, es el único que muchas veces no la cumplen: más no, no es el hombre formado por Dios quien la resiste: es el hombre corrompido por el pecado original. Crió Dios á Adán y á Eva en una obediencia angelical; pero estos padres del género humano, usando mal de su libertad, faltaron á esta feliz obediencia, y desde entonces el mundo no ha sido otra cosa que el teatro de las desobediencias, porque sus infelices descendientes quedamos tan propensos á desobedecer, que nada nos es más genial, más común, ni más frecuente. Para vencer, pues, esta fatal propensión á desobedecer, y sujetarnos á la debida obediencia, necesitamos socorros de lo alto, necesitamos los auxilios de la gracia; y estos divinos auxilios son los que pedimos aquí para hacer la voluntad de Dios en la tierra, como la hacen los bienaventurados en el cielo.

Pero... ¿podemos nosotros hacerla así? Ciertamente que no, porque en el cielo no hay mas voluntad que la de Dios, y esta se hace allí siempre. Los ángeles y los santos cifran su gloria en cumplirla y verla cumplida. Esto no ha sucedido en la tierra después del pecado de Adán, ni sucederá jamás, porque todos ofendemos á Dios en muchas cosas dice el Apóstol Santiago¹. Pues ¿qué pedimos cuando decimos: hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo? Pedimos auxilios y gracias para hacer la voluntad de Dios en la tierra, y para hacerla con tal prontitud y perfección, que se acerque lo más posible á la prontitud y perfección con que la hacen los bienaventurados en el cielo; pedimos un corazón dócil, para cumplir como vasallos fieles la voluntad de nuestro Rey celestial; un corazón filial para cumplir como buenos hijos la voluntad de nuestro adorado Padre; un corazón amoroso para ofrecerle á un Dios infinitamente amable; en fin pedimos aquella envidiable obediencia en que fueron criados nuestros primeros padres, aquella obediencia feliz que era en la tierra la verdadera imagen de la obediencia del cielo.

¿Cuál es la cuarta? -El pan nuestro de cada día dánosle hoy. -¿Qué pedís en esa petición? -Que nos dé Dios el mantenimiento conveniente para el cuerpo, el espiritual de la gracia y Sacramentos para el alma.

Como los hombres constamos de cuerpo y alma, y cada una de estas dos substancias padece sus necesidades, pedimos aquí al Señor que nos dé lo necesario para el cuerpo y para el alma.

¹ III, 2.

Necesario para el cuerpo. Si el primer hombre hubiera conservado el feliz estado de la inocencia, ni él ni sus descendientes habríamos necesitado vestidos para cubrirnos y abrigarnos, ni casas para defendernos de las intemperies y librarnos de los asaltos de las fieras y de los hombres, ni remedios para curar nuestros males, ni otra infinidad de cosas que nos vemos precisados á adquirir para sostener este cuerpo de pecado, que desde entonces quedó convertido en un saco de miserias, y hecho, por decirlo así, el centro de las necesidades. Para sustentarse el hombre y gozar de una vida dulce y tranquila en aquel estado feliz, le habrían bastado los abundantes y preciosos frutos que espontáneamente producía la tierra, y la multitud de exquisitas frutas que llevaban los árboles; y para conservar su robustez, tenía la fruta del árbol de la vida. Es verdad que Dios lo había colocado en el paraíso para que le cultivase¹ y cuidase de él, más este cuidado y cultivo no le había de causar molestia alguna, porque toda molestia era opuesta al estado de felicidad en que se hallaba, antes bien había de contribuir á su recreo y felicidad; pero perdió por el pecado la inocencia, y con ella todos los privilegios y felicidades de este dichoso estado. En el momento en que pecó, se vió desnudo y avergonzado, expuesto á los rigores del frio y del calor, entregado á la inclemencia de los temporales y las estaciones, y sujeto á la multitud innumerable de miserias y necesidades que tan cumplidamente hemos heredado sus infelices descendientes. Y ved aquí uno de los motivos y objetos de esta petición. En ella pedimos á Dios que nos dé el mantenimiento conveniente para el cuerpo, esto es, el sustento, el vestido y todo lo demás que necesitamos para conservarle; pedimos que remedie nuestras miserias y necesidades, y que las remedie todos los días, porque todos los días las tenemos.

Necesario para el alma. El pecado de Adán no solo hizo miserable al cuerpo, y lo sujetó á la multitud de necesidades que ván referidas, sino que su principal destrozo le causó en el alma. Aquí fué donde descargó su horrendo golpe, y donde resultaron tanto mayores y más lastimosas ruinas, cuanto era más elevado y magnifico el edificio. ¡Qué ceguedad en el entendimiento! ¡Qué malicia en la voluntad! ¡Qué desorden en los sentidos! ¡Qué desenfreno en las pasiones! ¡Qué diluvio de malos pensamientos! ¡Qué tropel de perversas imaginaciones!... ¿Quién será capaz de contar las miserias en que fue sumergida nuestra alma por el pecado, y las necesidades á que quedó sujeta?² Y ¿cómo remediar tantas miserias y socorrer tantas necesidades? Con la gracia. Por eso pedimos aquí para el alma, el alimento espiritual de la gracia, los Sacramentos, que con las fuentes de la gracia, y sobre todo el Santísimo Sacramento del Altar en que se nos da el Pan del cielo, que es el alimento *principal* y vida del alma.

¹ Gen. II, 15.

² Fol. 63 y 64.

Importa sobremanera formarse cabal idea de la Providencia de Dios para con nosotros, ya que en muchos se vá amenguando la fé. «A Dios rogando y con el mazo dando» dice un refran no menos católico que español, que pinta de una pincelada cuanto en esto enseña la Religión.

A Dios hemos de pedir el sustento, porque si Dios del cielo no llueve y envía soles á su tiempo, ó si no aparta las plagas de la langosta ó el oidium ó envía el azote del cólera morbo ó terremotos, ningún poder humano ni el orgullo de todos los sábios del mundo será parte para sustraernos á desgracias tristísimas. Y lo mismo digo de los casos individuales; en vano se afana el hombre sin Religión en adquirir por medios injustos, de día y de noche, en fiestas y en dias de labor, sin pensar en su alma; si al Señor de todos le place enviar á ese infeliz una larga enfermedad, ó disponer que se le queme la casa, ó le salga al revés cuanto emprende, infaliblemente se verá en la miseria, en la cual, si Dios también no mueve á algún corazón caritativo, perecerá desesperado. Por esto pedimos al Señor el pan nuestro de cada día.

Mas por otro lado es preciso trabajar á sus tiempos mientras se puede, porque Dios así lo ordenó, en pena, muy ligera, del pecado: y en efecto, por más que el temporal y la salud sean excelentes, la tierra no produce sin el trabajo. Ahora se entenderá el refrán citado, ó aquel otro: «A quien se ayuda, Dios le ayuda». Y nótese qué semejante es la Providencia que usa Dios respecto de los bienes del alma, que ni sin su gracia podemos vivir la vida sobrenatural, ni tampoco nos alzaré la gracia si nosotros no cooperamos á ella; que los que no quieren hacer oración ni recibir los Sacramentos, no se salvarán: pero que tampoco basta ir á la iglesia, si no se huye de la ocasión de pecar, y se resiste á las sugerencias del enemigo. Los Santos en quienes el cielo derramaba tanta lluvia de gracias, eran, por otra parte, los que más trabajaban y sufrían por el bien de sus almas. Véase lo que se dice al explicar la virtud de la Esperanza.

En los brazos, pues, de esta amorosa Providencia, vive tranquilo el buen cristiano, creyendo que ni la más mínima cosa sucede, hasta las desgracias y los crímenes, que no lo enderece el Señor al mayor bien de sus hijos¹. Negar esta Providencia, es tan grande herejía como negar que Dios existe². La niegan los perversos, porque temen el castigo, como si con negarlo, lo evitasen.

¿Cuál es la quinta? -Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. -¿Que pedis en esa petición? -Que nos perdone Dios nuestros pecados, así como nosotros hemos perdonado á los que nos han agraviado y hecho mal.

¹ *Lúc. XXI, 29.*

² *Conc. Vatic. de Fide.*

De todo somos deudores á Dios: del ser que tenemos, de la vida que vivimos, de la tierra que pisamos, del cielo que nos cubre, del aliento que respiramos, de la gracia, de los Sacramentos, de los dones, de las virtudes... de todo cuanto tenemos en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia. Todo es del Señor, todo lo recibimos de sus divinas manos; por consiguiente todos los hombres, desde el mas opulento monarca hasta el más pobre pordiosero, no somos otra cosa que una multitud de deudores de Dios. ¿Y qué tenemos nosotros para pagar tantas y tan enormes deudas? Nada, porque lo único que podríamos pagar sería con nuestro agradecimiento. Y ¿qué importa nuestro pobre y menguado agradecimiento delante de los inmensos beneficios que continuamente recibimos? Añádase á esto, que no seremos agradecidos si Dios no nos mueve á serlo, y he aquí que el mismo agradecimiento es otro beneficio de Dios que pide nuevo agradecimiento. Por eso dice San Agustin, que cuando Dios premia las buenas obras de los justos, premia sus mismos dones. Debiéndolo, pues, todo á Dios, y no teniendo nada con que pagar, ¿puede haber cosa más justa ni más necesaria que pedirle todos los días, y muchas veces al día que nos perdone nuestras deudas?

Mas no paran aquí nuestras deudas. Otras muchas y mucho más posadas cargan sobre nosotros; estas son las que contraemos por nuestros pecados, y de ellas habla principalmente esta petición¹. Por cualquier pecado que cometemos, contraemos dos deudas, una de *culpa* y otra de *pena*. La de culpa consiste, en el justo enojo que concibe Dios contra nosotros cuando pecamos, y deuda nuestra es desenojarle. La de pena consiste en el derecho que adquiere su divina justicia para castigarnos, y también es deuda nuestra satisfacer este derecho. Lo que pedimos, pues, á Dios con respecto á esas dos deudas es: *primero*, que nos conceda su divina gracia para arrepentirnos de veras, porque sin verdadero arrepentimiento no hay perdón. *Segundo*: que al ver nuestro arrepentimiento, nos perdone la culpa que hemos contraído. Y *tercero*, que perdonada la culpa, nos perdone también la pena ó castigo á que nos sujetó nuestra culpa, recibiendo en satisfacción nuestra penitencia. Tales son nuestras deudas con respecto al pecado, y tal nuestra petición: pero no se ha de creer que estas deudas se contraen solamente por el pecado mortal; también se contraen por el venial, con la diferencia de que las deudas del mortal son enormes, y las del venial son ligeras, pero deudas. Asi es que todos, justos y pecadores, tenemos necesidad de decir todos los días *perdónanos nuestras deudas*; porque, ¿quién puede decir²: mi corazón está limpio, yo estoy libre de pecado.

Y ¿por qué quiso Jesucristo que añadiésemos á esta petición: *así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*? Según San Agustin³ por dos motivos. *Primero*, para

¹ Lúc. XI, 4.

² Prov. XX, 9.

³ Serm. 44, vel 56, de diversis.

mover á Dios á que nos perdone, representándole que si nosotros, siendo tan miserables, perdonamos á los que nos han ofendido, esperamos que Su Majestad, siendo tan rico en misericordias, nos perdonará nuestras ofensas. *Segundo*, para que tengamos siempre presente, que si nosotros no perdonamos por nuestra parte, no hay perdón para nosotros por parte de Dios, por más que repitamos todos los días y á todas horas *perdónanos nuestras deudas*. Añadamos á estas razones del Santo, que los que no perdonan las injurias, que son las deudas de que aquí se trata, no solo hacen inútilmente esta petición, sino que piden contra sí mismos, porque pedir á Dios que nos perdone nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, es pedirle que nos trate como nosotros tratamos á nuestros deudores; y si nosotros no perdonamos á nuestros deudores, es pedirle que no nos perdone á nosotros. ¡Petición horrible! pero real y verdadera en boca de los que no perdonan. Por otra parte, ¿qué comparación puede haber entre lo que nosotros tendremos que perdonar y la que queremos que Dios nos perdone, sobre todo si se trata de culpas mortales? ¿Qué importa la injuria que se puede hacer al hombre, comparada con la que el hombre hace á Dios? Sin embargo, nosotros queremos que Dios nos perdone una deuda inmensa, y nosotros no queremos perdonar una deuda despreciable. ¡Qué querer tan injusto! perdonemos, pues, nosotros á nuestros prójimos algunos maravedises, y el Señor nos perdonará á nosotros diez mil talentos, como al deudor del Evangelio¹.

Para mayor claridad en una materia tan importante, conviene saber que el perdón de las injurias no consiste esencialmente en dar señales de perdón, sino en no conservar en el corazón ni rencor, ni ódio, ni deseo alguno de venganza. Es verdad que casi siempre conviene dar estas señales, pero no siempre es preciso, con tal que perdonemos de corazón, que no se siga escándalo de negarlas, y que, estemos dispuestos á darles si es necesario. De aquí resulta, que aun cuando el ofendido no está obligado á buscar al ofensor para reconciliarse con él debe tenerle perdonado de corazón, y estar pronto á darle señales de perdón si el ofensor, cumpliendo con su deber, viene á pedir las; y en el caso de que ambos se crean igualmente agraviados, como sucede muchas veces, es un deber que uno y otro se busquen y reconcilien, en la inteligencia de que aquel que procure primero la reconciliación, conseguirá un triunfo de valor cristiano sobre su contrario, y se llevará la victoria y el premio. También conviene saber que el ofendido tiene derecho, no á tomarse la justicia por su mano, sino á pedir la reparación de la ofensa en el tribunal de justicia; pero esto no ha de hacerse por encono rencor u ódio, pues semejante proceder siempre es culpable, sino únicamente por conservar su reputación, honor, estimación ó crédito, procediendo siempre con un corazón libre, de toda venganza. Mas como esto es

¹ Mattsh. XVIII, 27.

tan difícil, convendrá las más veces que el ofendido sacrifique en honor de la caridad la justicia que lo asiste, particularmente en cuanto á la reputación, si no es de gran consecuencia. El Señor, en cuyas divinas manos, está la estimación de todos los hombres, cuidará de la suya en atención á su sacrificio, y él ejercerá aquella grande obra de misericordia que consiste en perdonar las injurias, obra recomendada continuamente en los libros santos, y muy particularmente en esta quinta petición, en la cual nos ordena Jesucristo que pidamos á su Eterno Padre, que nos perdone nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

¿Cuál es la sexta? -No nos dejes caer en la tentación. -¿Qué pedis en esa petición? -Que no nos deje Dios caer ni consentir en los malos pensamientos y tentaciones con que el demonio procura hacernos caer en el pecado.

No basta que Dios, por su gran misericordia, nos perdone nuestros pecados, como se lo suplicamos en la petición anterior; es necesario además, que su divina mano nos sostenga para no volver á cometerlos: por eso lo pedimos en ésta que no nos deje caer en la tentación. Y ¿qué cosa más necesaria? La vida del hombre es una tentación sobre la tierra, es una guerra, dice el Santo Job¹. Tenemos que pelear continuamente con el mundo, el demonio y la carne, cuyas armas son las tentaciones. El mundo nos tienta con sus riquezas, honores y placeres, con sus malos ejemplos y peores discursos, con sus modas indecentes y lenguaje escandaloso.. El demonio nos tienta representándonos con viveza las glorias del mundo, y diciéndonos, como á Jesucristo en el desierto²: todo esto te daré, si cayendo me adorares; provocando nuestra concupiscencia con imaginaciones obscenas, y sugiriéndonos pensamientos malignos de todas clases. Finalmente, la carne nos tienta rebelándose continuamente como el espíritu, resistiéndole porfiadamente, y trabajando incesantemente en hacer que consienta con sus desordenados deseos. ¿Cómo, pues, podremos sostenernos contra enemigos tan peligrosos, tan sagaces y tan porfiados, ni salir con la victoria en una pelea tan desigual, tan empeñada y tan duradera, que no cesa sino cuando cesa la vida? ¿Cómo dejaremos de caer vencidos, siendo nosotros tan flacos y nuestros enemigos tan fuertes? Nuestra ruina en semejante pelea es inevitable, si la mano poderosa del Señor no nos sostiene. Por eso le pedimos aquí que no nos deje caer en la tentación, y ya se puede conocer el fervor con que debemos hacer una petición tan inmortal. Pero se debe advertir, que no se nos ha dicho que pidamos á Dios que nos libre de la tentación, sino que no nos deje caer en la tentación, porque la tentación no es pecado, sino el consentimiento ó caída en ella. La tentación no es otra cosa que una incitación ó provocación al pecado; y cuando nosotros no la buscamos ni la

¹ VII, 1.

² Matth, IV, 9.

queremos, cuando la huimos, resistimos y vencemos, no solamente no pecamos, sino que merecemos huyéndola, resistiéndola y venciendo.

¿Cuál es la séptima? –Mas líbranos de mal.-¿Qué pedís en esa petición? –Que nos libre Dios de todos los males y peligros espirituales y corporales.

Estas palabras *mas líbranos de mal* son de una extensión tan grande, dice San Agustín¹, que comprenden todo lo que puede pedir un cristiano en cualquier suerte de aflicción en que se halle. Efectivamente, en ellas pedimos á Dios que nos libre de todos los males, tanto del alma como del cuerpo. *En orden al alma*, pedimos que nos libre de todos los pecados y de todas las penas debidas por los pecados, de todos los peligros y de todas las ocasiones de caer en los peligros, en suma, de todos los males espirituales; y *en orden al cuerpo*, pedimos que nos libre de la multitud de miserias á que está sujeta nuestra desgraciada naturaleza; de las enfermedades, dolores y demás accidentes y males que alteran ó destruyen nuestra salud; del hambre, sed, desnudez y desamparo á que estamos tan expuestos; de las pesadumbres, tristezas y melancolias que con tanta frecuencia nos afligen; de las calamidades públicas, de las guerras, hambres, pestes... y en fin, de todos los males corporales.

Pero se debe entender que en orden á los males del alma, podemos y debemos pedir á Dios que nos libre siempre de ellos, porque nunca nos pueden ser provechosos por sí mismos. Mas en orden á los del cuerpo, debemos pedir que nos libre solamente de aquellos que convenga, porque hay muchos de los que no conviene que nos libre. Los males corporales no se han de considerar por lo que son en sí mismos, sino por lo que son respecto á nosotros. Si contribuyen á conseguir nuestra salvación, no deben comprenderse en la petición *más líbranos de mal*: porque si Dios nos ha señalado para ir al cielo el camino de la pobreza, por ejemplo, ó el de las enfermedades, ó el de las persecuciones, ó el de otros males corporales, Dios nos libre de salir de este camino, porque si salimos de él, no llegaremos al cielo. Dios no nos oiga en su justicia, cuando le pedimos que nos libre de unos males que forman los escalones por donde hemos de subir á la gloria. Dios se niegue por su misericordia á condescender con una petición que nos ha de privar de ella. Y ¿por dónde conoceremos que los males que padecemos entran en el plan de nuestra salvación? Fuera de que semejante conocimiento no nos es necesario, y basta que pidamos siempre que nos libre de los males temporales si nos conviene, la señal más clara de que entran en el plan de nuestra salvación, es no podernos librar de ellos por medios justos y entonces solo nos resta inclinar nuestra cabeza, adorar la sabiduría infinita que así lo ha dispuesto, conformarnos con sus soberanos decretos, y decir: cúmplase; Señor, en mí vuestra divina palabra.

¹ Ep. CXXX, c. 11. n. 12.

Pues ¿por qué decís primero: Padre nuestro que estás en los cielos? —Para levantar el corazón á Dios, y pedirle con humildad y con fianza.

Jesucristo quiso que principiásemos esta divina oración llamando á Dios *Padre nuestros* y no *Señor nuestro*, porque la palabra *Señor*, significa aquel Dios del imperio y majestad, á cuyos piés se encorvan los que mueven el orbe¹, y en cuya presencia se cubren con sus alas los serafines²; y la palabra *Padre*, significa aquel Dios de amor y de ternura que se complace en oír las súplicas de sus hijos, y en despacharlas favorablemente. También quiso que añadiésemos *que estás en los cielos*, para que al principiar esta divina oración levantásemos al cielo los ojos, á lo menos los de nuestra consideración, contemplásemos á nuestro Padre sobre el trono de su gloria, y nos llenásemos de una dulce esperanza al ver que el Padre á quien vamos á pedir, es el Señor de los cielos y la tierra, y el árbitro soberano de todo cuanto existe en los cielos y en la tierra. ¡Qué introducción tan tierna, tan consoladora, y tan propia para animar nuestra tibieza y avivar nuestra esperanza! *Padre nuestro que estás en los cielos*. ¿Con qué otras palabras podríamos dar principio á esta divina oración, que fuesen más eficaces para mover nuestros afectos, levantar nuestro corazón á Dios y recogernos en él?

Sin embargo, nada hay más frecuente que rozar esta divina oración sin recogimiento, sin atención, y tan maquinalmente como la relataría un papagayo, si se la enseñasen. Rezamos el Padre nuestro, le volvemos á rezar, le estamos rezando todos los días y toda nuestra vida, y casi siempre lo hacemos por costumbre: sin atención al Dios de la gloria con quien hablamos; sin advertir que le estamos suplicando; sin saber lo que pedimos; y sin oírnos siquiera á nosotros mismos. Por eso después de tanto rezar esta divina oración, poco ó nada conseguimos. Pedís y no recibís, dice el Apóstol Santiago³, pero es porque pedís mal. Recemos, pues, esta divina oración con aquella afectuosa atención que ella inspira, con aquel profundo respeto que exige; y con aquella pausa y sosiego que dan lugar á los sentimientos piadosos, y entonces conseguiremos. Dejemos ese apresuramiento que ni aún se sufre en las conversaciones. Recemos menos y más, esto es, menos Padre nuestros, si así se quiere, pero mejor rezados. Entendámonos con Dios y Dios se entenderá con nosotros. Hablémosle con el corazón unido á las palabras, y el corazón del Señor escuchará á nuestro corazón. Pidámosle con, la humildad y ternura que es propia de los buenos hijos, y nuestro amantísimo Padre nos concederá todo lo que le pidamos, si nos conviene, y aún lo que no le pidamos, si vé que nos conviene.

¿Qué quiere decir aquella palabra Amén que añadís al fin? —Así sea.

¹ Job. IX, 9, 12

² Isaí. VI. 2.

³ Ep. Cath. IV, 3.

La palabra *Amén* es hebrea, y significa unas veces *seguridad* y otras *deseo*. Cuando la decimos al fin del Credo ó de otra cualquiera protestación de fé, significa seguridad, y quiere decir *así es*, así lo creo y confieso; pero cuando la decimos al fin del Padre nuestro ó de cualquiera otra oración, significa deseo y quiere decir *así sea*, así se cumpla, así Dios me lo conceda. Jesucristo usó la palabra *Amén* con tanta frecuencia, que la Iglesia, por esta causa la ha mirado siempre con el mayor respeto, la ha conservado en todas las lenguas á que ha traducido el santo Evangelio, y la ha añadido al fin de todas sus oraciones. El mismo Jesucristo concluyó con ella su divina oración, para enseñarnos á concluir las nuestras con este *sagrado sello*. Así llama San Jerónimo¹ á la palabra *Amén*.

¿Qué oraciones decís principalmente á nuestra Señora? —El Ave María y la Salve —¿Quién dijo el Ave María?— El Arcángel San Gabriel cuando vino á saludar á nuestra Señora la Virgen María.

El Ave María es la oración más reverente que dirigimos á la Santísima Virgen, y también la más continua. Pocas veces rezamos el Padre nuestro que no añadamos el Ave María. Parece que no acertamos á pedir á Dios, sin tomar á la Virgen por empeño. ¡Tan persuadidos estamos del poder y valimiento que tiene con el Señor. y del amor que nos profesa! La oración del Ave María consta de tres partes. Primera: *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres*². Esta es la que se llama propiamente salutación angélica, porque consta de las palabras con que la saludó el Arcángel San Gabriel cuando la anunció que el Hijo de Dios encarnaría en sus .purísimas entrañas. Segunda: *bendito es el fruto de tu vientre*. Esto lo dijo³ Santa Isabel á la Santísima Virgen cuando fué á visitarla; y la Iglesia ha añadido el dulcísimo nombre de *Jesús*, con que concluye esta segunda parte. Tercera: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén*. Esta la ha autorizado la Iglesia, y se cree que fué compuesta en el célebre Concilio de Efeso⁴, y es propiamente la petición. Después de haber saludado á la Santísima Virgen con las palabras del Angel en la primera parte, y de haber bendecido el fruto santísimo de su vientre con las palabras de su prima Santa Isabel en la segunda, pedimos con la de la Iglesia en la tercera, que, como criatura la más santa del Universo, y sobre todo como Madre del mismo Dios, ruegue por nosotros pecadores, ahora, es decir, en toda hora, porque en toda hora tenemos necesidad de sus ruegos; y en la hora de nuestra muerte, porque entónces la tenemos más que nunca, pues se vá á determinar en aquel terrible momento, si hemos de ser dichosos eternamente en el cielo, ó eternamente desdichados

¹ In Matt. cap. VI.

² Lúc. I, 42.

³ Lúc. I, 42.

⁴ Baron., año 431.

en el infierno. ¡Hora temerosa que pide tener obligada y empeñada á la Santísima Virgen en nuestro favor, suplicándola todos los días de nuestra vida que ruegue por nosotros en la hora de nuestra muerte!

¿Quién dijo la Salve? —La santa madre Iglesia la tiene recibida. —¿Para qué?— Para pedir favores á nuestra Señora.

La Santísima Virgen es Madre de Dios, y con esto queda dicho cuanto puede decirse de su gran poder. Porque ¿qué no podrá la Madre de Dios para con Dios? También es Madre nuestra, porque nos la dió por Madre su Santísimo Hijo desde el árbol de la cruz al tiempo de espirar; y también con esto se dice cuanto hay que decir acerca del amor que nos profesa, y de lo que debemos esperar de su poderosa mediación; porque ¿qué no hará esta cariñosa y tierna Madre por unos hijos entregados á su maternal cariño por su Santísimo Hijo? Los santos Padres, fundados en estos principios, han dicho que la Santísima Virgen tiene para con Dios un poder omnipotente, no absoluto, sino suplicante, y la han llamado nuestra fiadora para con Dios, y nuestra mediadora para con el divino Mediador. Los fieles la han mirado siempre como á su querida Madre, y como el camino seguro por donde se vá á Jesucristo, y de Jesucristo á Dios. Hasta en los nombres han querido expresar estos mismos sentimientos, no pronunciando apenas el dulcísimo nombre de *Jesús* sin añadir el de *María*; de modo que estos dos nombres *Jesus, María*, no han venido á formar en boca de los cristianos sino un solo nombre. La devoción, el amor y la ternura de los fieles á la Santísima Virgen, han multiplicado hasta el extremo, si así puede decirse, los modos de alabarla y suplicarla en una multitud de oraciones: pero entre todas, la *Salve* ha sido, después del *Ave-María*, la que se ha hecho común, la que se ha puesto en los *Catecismos*, y la que tiene recibida nuestra Madre la Iglesia para pedir favores á nuestra Señora la Virgen María.

¿Quién es nuestra Señora la Virgen María? —Es una Señora llena de virtudes y gracia, que es madre de Dios y está en el cielo.

Nuestra Señora la Virgen María, es aquella única descendiente del pecador Adán que fué concebida sin la mancha del pecado. Aquella prodigiosa vara de José¹, que nació sin corrupción de un tronco corrompido. Aquella venturosa Ester², con quien no se entendió la ley de muerte pronunciada en el paraíso contra todo el género humano. Destinada esta Virgen admirable para ser la madre del Hijo de Dios hecho hombre, recibió desde el primer instante de su sér todas las gracias, dones y virtudes de que era capaz una pura criatura; porque todo esto, y más si fuera posible, exigía la maternidad divina. Por consiguiente fué purísima en su concepción, y llena de gracia desde el primer ins-

¹ Isai, XI, 1.

² Id. XV, 13.

tante de su vida. Estuvo adornada de todas las virtudes y enriquecida con todos los dones. Fué la criatura más santa que ha visto ni verá el mundo. La pureza de los ángeles, la nobleza de los Tronos y Dominaciones, el amor de los Querubines y Serafines, la santidad y grandeza de todos los coros angélicos, todo es menos que la santidad y grandeza de la Santísima Virgen; porque todos los espíritus celestiales, por más sublimes que sean, al fin no son sino ministros de aquel Dios de quien ella es madre. Así vemos que los sagrados Evangelistas, para hacer su elogio, solo nos dicen que nació de ella Jesús¹, porque nada podía de ella decirse más grande que ser Madre de Jesús, Hijo de Dios. Si añadimos ahora que la Santísima Virgen no es ya aquella Madre afligidísima que al lado de su querido Hijo padece tanto sobre la tierra, sino aquella gloriosísima Virgen que, colocada sobre los coros celestiales, reina al lado de su divino Hijo en la córte de los cielos, habremos acabado de decir á nuestro modo, quién es nuestra Señora la Virgen María.

Y la que está en el altar quién es? —Es una imagen y semejanza de la que está en el cielo— ¿Para qué está allí? —Para que por ella nos acordemos de la que está en el cielo, y por ser su imagen la hagamos reverencia.

M. Pues lo mismo habeis de hacer á las imágenes de los demás Santos.

La Iglesia ha declarado siempre como herejes á los que en cualquier tiempo se han declarado contra la veneración y culto de las sagradas imágenes: y el santo Concilio de Trento extendió sobre esta materia un decreto, cuyos puntos principales conviene que sepan todos los fieles, para obrar con acierto en el culto y veneración que dán á las imágenes. «Se deben tener, dice el santo Concilio², y conservar, principalmente en los templos, las imágenes de Jesucristo, de la Virgen Madre de Dios, y de los demás Santos, y darles el honor y veneración que les es debida; no porque se crea que hay en ellas alguna divinidad ó virtud, por la cual se las deba venerar y por que se les haya de pedir alguna cosa; ó poner en ellas nuestra confianza, como hacían en otro tiempo los gentiles, que ponían su esperanza en los ídolos, sino porque el honor que se les dá, se refiere á las originales que representan: de suerte que por las imágenes que besamos, y delante de las cuales descubrimos la cabeza y nos postramos, adoramos á Jesucristo, y veneramos á los Santos que ellas representan». Enseña además el santo Concilio, que se saca mucho fruto de la presencia de las imágenes, porque nos recuerdan las maravillas que Dios ha obrado en sus Santos y los saludables ejemplos que los Santos nos han dejado, para que arreglemos á ellos nuestras costumbres y vivamos santamente. Y añade: que si en estas

¹ Matth. 1, 16.

² Sess. 25. de Sacris imag.

santas y saludables prácticas del culto de las imágenes se han introducido algunos abusos; el Concilio desea con ansia que sean totalmente desterrados.

Después de establecer estas verdades, previene: que cuando conviniere presentar al pueblo imágenes de la Divinidad, esto es, de la Santísima Trinidad ó de alguna de las personas de la Santísima Trinidad, se le ha de enseñar que no se pretende representar en semejantes imágenes la Divinidad, (porque Dios, siendo espíritu purísimo, no puede ser representado con colores ó figuras), sino aquellas apariencias que ha tomado cuando ha querido hacer sensible á los hombres su presencia. Esto mismo, que previene el santo Concilio con respecto á la Divinidad, debe entenderse también en cuanto á los ángeles, porque siendo puros espíritus, tampoco pueden ser representados por imágenes corporales. No sucede así con respecto á Jesucristo, que siendo verdadero Dios y verdadero hombre, aunque no puede ser representado en cuanto Dios, puede serlo en cuanto hombre, y lo es, en efecto, en los principales pasajes de su vida mortal. Así vemos que se le representa en la imagen de un niño recién nacido y reclinado en un pesebre; en la de un jovencito de doce años, sentado en medio de los doctores de Jerusalén, oyéndolos y preguntándoles; en la de un Maestro lleno de sabiduría y majestad, predicando en Israel; en la de un Redentor de los hombres, ya sudando sangre en el huerto, ya sufriendo azotes crueles amarrado á la columna, ya vestido de una púrpura de escarnio y coronado de espinas, ya cargado con una pesada cruz y espirando clavado en ella, ya muerto y tendido en el sepulcro, y ya saliendo glorioso de él y subiendo triunfante al cielo. En fin, no hay pasaje de su vida mortal en que no pueda ser representado por imágenes corporales. Lo mismo sucede respectivamente en orden á la Santísima Virgen y á los Santos.

Supuestas estas verdades, conviene explicar ahora que sea lo que se ha de venerar en las imágenes, para preservar al pueblo sencillo de darlas un culto tal vez pagano. Las imágenes, si se atiende únicamente á las materias de que están formadas, no son otra cosa que una porción de madera, piedra, yeso, metal, papel ú otro cualquier material, pintado, grabado ó tallado, y consideradas así materialmente, no deben ser veneradas ni reverenciadas, porque sería venerar y reverenciar palos, piedras, metales ó papeles. Pero si se atiende á su forma, esto es, si se consideran precisa y únicamente como imágenes que representan á Jesucristo, á la Virgen ó á los Santos, de este modo, y bajo de esta consideración, pueden y deben ser veneradas y reverenciadas, porque la veneración y culto que se las dá, se refiere, no á ellas, sino á los originales que ellas representan. Y así, cuando descubrimos la cabeza, doblamos las rodillas ó nos postramos delante de las imágenes de Jesucristo, de la Santísima Virgen ó de los Santos, veneramos en ellas á Jesucristo, á la Virgen ó á los Santos que representan, y las reverenciamos por honor á lo que representan. ¡Ah! si los impíos estudiasen de buena fé esta materia, ó al menos se tomasen el pequeño trabajo de leerla en el santo Concilio, no insultarían tan insensata-

mente el culto de las imágenes; y si los fieles estuvieran mejor instruidos en este punto de religión, tampoco habría acerca de él tantos abusos que piden ser totalmente desterrados, como desea el santo Concilio.

Después de lo que se ha dicho, parece que nada debía añadirse en esta explicación; pero hay fieles tan mal instruidos en la materia, que no estará de más advertir por conclusión: *primero*, que las que llamamos Virgen de la Concepción, de la Soledad, de la Asunción, del Cármen, del Rosario, del Pilar, de Guadalupe, de Nieva, de Montserrat y demás, no son Vírgenes, sino diversas imágenes de la Virgen, hechas ó pintadas por mano de los hombres para representar diversos pasajes de su santísima vida, como se ha dicho de las de Jesucristo, ó para recordar diversos motivos de darla culto en sus imágenes; *segundo*, que las imágenes aparecidas ó halladas, tampoco, por lo común, son otra cosa que imágenes antiguas, que la piedad de los cristianos ocultó al furor de la herejía perseguidora de las imágenes, ó á la devastación sarracena, *devueltas, á veces con milagros, por Dios nuestro Señor á la veneración de los fieles*; y *tercero*, que no piensen que hay en ellas, por grande que sea la veneración en que se las tenga, ni por antiguas que sean, alguna divinidad ó virtud por la cual se las deba venerar ni pedir alguna cosa, ni poner en ellas la confianza, como dice el santo Concilio, sino que se las ha de honrar porque son imágenes de la Santísima Virgñ que está en el cielo, y por ser sus imágenes se las ha de hacer reverencia, y lo mismo se ha de hacer á las imágenes de los Santos.

*Una imagen hay á la que en estos últimos tiempos ha vinculado Dios, nuestro Señor, gracias muy especiales para las casas y parroquias donde se le dé culto, y es la del Sagrado Corazón de Jesús. En ella se nos representa muy al vivo y recuerda el amor inmenso que nuestro divino Salvador tiene á los hombres, en que se abraza su Corazón y que le hizo padecer tormentos indecibles hasta morir en una Cruz por salvarnos. Esto y mucho más nos dice, si la contemplamos con piedad la imagen del Corazón sagrado de Jesús, estimándonos á volverle amor por amor, haciendo y padeciendo por Él cuanto nos pida.

¿Hemos de hacer oración también á los ángeles y á los Santos? Si, Padre, como á nuestros medianeros.

No solamente hemos de hacer oración á la Santísima Virgen para que, como Madre de Dios y Madre nuestra, ruegue á Dios por nosotros, sino también á los ángeles para que, como encargados por Dios del cuidado de nuestras almas lleven á los piés del trono soberano nuestras súplicas y las apoyen con las suyas, y á los Santos para que, como amigos de Dios y hermanos nuestros, se interesen por nosotros. Véase sobre esto la explicación de la Comunión de los Santos¹.

¹ Fólío 117.

¿Qué con son los Angeles? — Unos Espíritus bienaventurados, que están gozando de Dios en el cielo.

Los ángeles son unas criaturas puramente espirituales, que existen independientes de todo cuerpo, á diferencia de las almas que, siendo también espirituales, forman con el cuerpo humano este sér que llamamos *hombre*. Los ángeles no fueron criados en la tierra como el hombre, sino en el cielo, ni en el mismo día, sino cinco antes; porque el hombre fué criado en el sexto día del mundo y los ángeles en el primero, según el común sentir de los intérpretes de la Sagrada Escritura. Tampoco fueron criados sucesivamente, como lo son las almas, sino todos en un mismo momento. Su número no es desconocido, pero sabemos por muchos pasajes de la Sagrada Escritura¹ que es crecidísimo, y que se compone de nueve órdenes, que llamamos coros angélicos, y son: Angeles, Arcángeles, Principados, Potestades, Virtudes, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines. Fueron dotados de un entendimiento sumamente claro y de una voluntad perfectamente libre. En su creación recibieron el inestimable don de la gracia santificante, es decir, que fueron criados en el estado de la inocencia y justicia original como el hombre, y que tuvieron como él entera libertad para obrar bien ó mal: pero su libertad no duró ni años, ni meses, ni días, ni aún horas, como la del hombre, sino solo momentos. Apenas habían salido de las manos del Criador, cuando un gran número, que se cree fué la tercera parte, pecó, y quedó reprobada para siempre. El Capitán de esta enorme masa de réprobos fué un Querubín, que se llamó después Lucifer. Ensoberbecido con su hermosura, subiré al cielo, dijo en su corazón²: pondré mi trono sobre los astros de Dios: seré semejante al Altísimo; pero este primer soberbio y príncipe de todos los soberbios, fué precipitado en aquel mismo momento desde la altura del cielo, hasta la profundidad del abismo, y en su espantosa caída arrastró consigo una multitud de ángeles de todos los coros, que habiéndole imitado en la soberbia, le acompañaron también en el castigo. Los demás conservaron su principado, esto es, perseveraron en la gracia, y con ella merecieron la posesión eterna de la gloria.

Este asombroso suceso, que pasaba en el cielo el primer día del mundo, se verificó en tres momentos, que llaman instantes angélicos³. En el primero, todos los ángeles tuvieron gracia y libertad. En el segundo, la tercera parte, desatendiendo las inspiraciones de la gracia y abusando de la libertad, pecó, y se hizo reo de un castigo eterno; mientras que las otras dos, correspondiendo á las inspiraciones de la gracia y usando bien de su libertad, merecieron un premio eterno. En el tercero, los ángeles malos fueron condena-

¹ Job. XXXIII, 23; Dam. VII, 10; Heb. XII, 22; Apoc. VII.

² Isai. XIV, 13, 14.

³ *Estos instantes no son como los nuestros; pero en el texto se habla en lenguaje teológico, lo que no cambia la doctrina.*

dos y sepultados en el infierno, y los buenos fueron premiados y avecindados en el cielo. Tal es el orden con que se verificó la salvación de los ángeles fieles y la condenación de los rebeldes. Admiramos aquí, cristianos, y bendigamos la bondad inmensa de Dios, que premia con un cielo eterno la fidelidad de un momento; pero extremezcámonos también al ver el rigor con que su divina justicia castiga con un eterno infierno la infidelidad de otro momento. ¡Ah! ¿Qué sería de nosotros si nos tratara el Señor como á sus ángeles, arrojándonos al infierno en el instante en que pecamos? ¿Dónde nos hallaríamos ya en este momento? ¡No, Dios mío, jamás seremos los hombres bastante agradecidos á esa paciencia adorable que usais con nosotros continuamente, y que ni una sola vez usasteis con vuestros ángeles!

¿Para qué los crió Dios —Para que eternamente le alaben y bendigan.

Todos los ángeles fueron criados para alabar y bendecir á Dios en el cielo. El infierno fué obra del delito de los ángeles rebeldes. Dios, infinita y eternamente feliz y glorioso en Sí mismo, quiso comunicar fuera de Sí su felicidad y su gloria. Para esto crió ángeles y hombres, capaces, por su entendimiento y voluntad, de participar de ella, esto es, de conocer su divina esencia y soberanas perfecciones, de ver á Dios cara á cara, y de gozar de su infinita hermosura, porque en esto consiste la gloria de los ángeles y de los hombres. Crió esos inmensos cielos que nos cubren, y sobre ellos el cielo Empíreo ó supremo, que llamamos el cielo de los cielos, y le destinó para su córte soberana, donde los ángeles y los hombres le viésemos sobre el trono de su gloria, y le gozásemos. Desde el principio del mundo están los angeles buenos en esta soberana córte, viendo á Dios y gozándole. También los hombres habrían sido trasladados á ella en cuerpo y alma, después de haber vivido sobre la tierra el tiempo que al Señor hubiese agradado, si el estado de la inocencia hubiera permanecido; pero perdido éste por el pecado de Adán, el cielo se hizo de bronce para los hombres, y ya no hubo entrada en él por más de cuatro mil años, hasta que Jesucristo le franqueó con su pasión y muerte y subió triunfante al cielo. Los angeles son como los cortesanos que asisten y sirven al Rey de la gloria. Así nos lo representa el profeta Daniel diciendo¹: millares de millares de ángeles servían al Señor, y diez mil veces cien mil (que componen mil millones) lo asistían. Los ángeles no han sido criados solamente para ver á Dios y gozarle, como los hombres, sino también para asistir alrededor de su trono soberano y servirle.

¿Y para qué más? —Para que como ministros suyos gobiernen la Iglesia y guarden los hombres.

La Iglesia es aquella misteriosa Eva que salió del costado del Segundo Adán dormido sobre el árbol de la cruz. Es aquella esposa del Cordero que á costa de sudores, afa-

¹ VII, 10.

nes y fatigas se atavía en el mundo para merecer ser admitida á celebrar su desposorio en el cielo. Es aquella Jerusalén de la tierra que se fabrica de piedras animadas y labradas con el martillo de los trabajos, y que se pulimenta con el cincel de las persecuciones, para formar la Jerusalén del cielo. ¡Cuánta sangre no ha derramado desde su nacimiento esta esposa santa! ¡Cuánto polvo y sudor no ha cubierto su hermoso rostro! Perseguida desde la cuna por los judíos, que la miraron como una escandalosa, y despreciada por los gentiles, que la trataron de loca, apenas tuvo otro suelo que pisar en el discurso de más de trescientos años que el que regaba su sangre. A estos encarnizados y poderosos perseguidores, se asociaron sucesivamente los herejes y cismáticos para despedazar también su seno. ¡Qué de persecuciones exteriores é interiores! No se puede leer la historia de la Iglesia sin asombrarse al ver navegar esta barquilla por entre tantas borrascas sin anegarse. Pasan años, pasan siglos, se suceden las tormentas, se abren continuos abismos para tragarla; pero ella sobrenada siempre, y sigue su rumbo como una nave empavesada sobre un mar en leche. ¿Quién, pues, dirige, quién sostiene este bajel admirable para que no se anegue entre tan deshechas tempestades, ó se estrelle contra tantos escollos? Jesucristo. Este es el gran Capitán de la nave de la Iglesia. Pero ¿quién son los pilotos? Los ángeles, criados por Dios, no solo para verle y gozarlo, no solo para asistir alrededor de su trono soberano y servirle, sino también para que como ministros suyos, gobiernen la Iglesia y guarden los hombres.

¿Luego vos, ángel de guarda teneis que os guarde? —Sí tengo, y cada uno de los hombres tiene el suyo.

Dios ha mandado á aquellos astros de la mañana que brillan alrédedor de su trono soberano, á aquellos espejos de la divinidad en que reverbera su luz inmensa, á sus ángeles, que nos acompañen y guarden¹. ¡Quién lo creería si la fé no lo enseñara! Si se hubiera dejado á nuestra elección escoger un guía que nos acompañase y dirigiese en este mundo, ¿nos habríamos atrevido á pedir por compañero un Príncipe de la gloria? Ciertamente que nó. Pues lo que nosotros no nos hubiéramos atrevido á pedir, ni aun á pensar, nos lo ha cencodido la bondad inmensa del Señor. Olvidándose, por decirlo así, de la nobleza de sus ángeles y atendiendo solamente á nuestra flaqueza, les ha mandado que nos acompañen y guarden. ¡Bendita sea eternamente su inmensa caridad, que tan tiernamente nos ama, y su adorable providencia, que tan admirablemente cuida de nosotros! ¡Qué felicidad tener siempre en nuestro destierro por compañero un Sábio de los consejos de Dios, y por defensor un Príncipe de la milicia del cielo!

Y ¿cuál deberá ser nuestra conducta, viviendo siempre en compañía y á la vista de este celestial compañero? La presencia de un ángel de Dios que está siempre á nuestro

¹ Ps. XC, II.

lado, debe causar en nosotros una modestia continua y una compostura en todo; debe producir pureza en nuestros pensamientos y deseos, limpieza en nuestras palabras y conversaciones, compostura en nuestras acciones, y justicia en toda nuestra conducta, porque no parece posible que faltemos á la reverenda que se merece el ángel de nuestra guarda, sin que nos olvidemos primero de que está en nuestra presencia. Hasta dos veces se postró el Evangelista San Juan¹ á los piés del ángel del Apocalipsis, creyendo que era el mismo Dios. ¡Tanta era su hermosura y majestad! Estando yo, dice el Profeta Daniel², á las márgenes del caudaloso Tigris, vi un ángel vestido de blanco y ceñido con una banda de oro finísima. Su cuerpo era como un crisólito; su rostro una especie de relámpago, y sus ojos como antorchas encendidas; sus brazos, y de allí abajo hasta los piés, semejante á un bronce reluciente. Al verle me desamparó el valor, me cubrí de palidez, perdí las fuerzas y caí sobre mi rostro, quedando mi cara pegada con el suelo. ¡Oh! si en cualquier momento de nuestra vida se manifestase á nuestra vista el ángel que siempre nos acompaña, ¿seríamos nosotros más ilustrados que el Evangelista para no adorarle como Dios, ó más fuertes que el profeta para sostenemos en pié? ¿No caeríamos sobre nuestros rostros, más asombrados que ellos? Y si tanto respeto nos causaría verle una sola vez con los ojos corporales, ¿cuánto no nos deberá causar estarle viendo siempre á nuestro lado con los ojos de la fé? Temerario pecador ¿cómo tienes osadía para hacer en la presencia de un ángel lo que no te atreverías ni aun á pensar en la presencia de un hombre que viera tus pensamientos? No cuentes con la soledad ó las tinieblas. Tu ángel está siempre contigo en la soledad, y para sus clarísimos ojos no hay tinieblas.

Pero si la presencia de nuestros ángeles de guarda exige de nosotros una vida pura y virtuosa, los beneficios que constantemente nos dispensan, exigen también de nosotros un continuo agradecimiento y fiel correspondencia. Nuestros ángeles de guarda, dicen los teólogos, iluminan nuestro entendimiento, acomodando á nuestra capacidad las verdades de nuestra salvación, y mueven nuestra voluntad, sugiriéndonos buenos pensamientos y deseos. Alejan de nosotros las ocasiones de obrar mal, y nos proporcionan las de obrar bien. Contienen á Satanás para que no nos atropelle, y nos defienden de este león hambriento para que no nos devore. Nuestros ángeles de guarda, dicen los libros santos³, nos llevan en sus manos para que no tropecemos, y si á pesar de su cuidado, usando nosotros mal de nuestra libertad, nos desprendemos de sus brazos y nos arrojamus al abismo de la culpa, aún entónces no nos desamparan. Reprueban nuestro delito, pero se lastiman de nuestra desgracia y nos ayudan, si tratamos de salir de tan deplora-

¹ XIX, 10; id. XXII, 8.

² X, 14.

³ Exot. XXIII, 20; Ps; XC, 12.

ble estado. Nuestros ángeles de guarda hacen presentes á Dios nuestras oraciones y nuestros méritos, no porque Dios los ignore, sino para unir á ellos sus oraciones y sus méritos. Finalmente, nuestros ángeles de guarda cuidan de nosotros tan constantemente, que jamás nos pierden de vista, y al mismo tiempo que gozan de Dios y le alaban, piden nuestra salvación y cuidan de nosotros, ¡Cuánta reverencia, cuánto amor, cuánto reconocimiento no debemos al ángel de nuestra guarda!

M. Pues tenedie mucha devoción, y encomendaos á él cada día.

Después de la Santísima Virgen, á ninguna pura criatura debemos más devoción, más amor y más cariño que á los ángeles de nuestra guarda; á ninguna debemos acudir con más fervor y más frecuencia. Ellos son los encargados por Dios de nuestra custodia, y en cumplimiento de este soberano encargo nos cuidan como un sagrado depósito que Dios ha puesto en sus manos; nos miran con una dulce afición, y nos tratan con una esmerada vigilancia; y á la manera que los hermanos mayores toman de la mano á sus tiernecitos hermanos en los malos pasos, para que no caigan y se lastimen, así nuestros ángeles de guarda, que son nuestros hermanos mayores, nos llevan de la mano por los malos pasos de este mundo para que no caigamos y nos lastimemos. ¡Tan entrañable es el cariño con que nos tratan, y tan exquisito el cuidado con que procuran que no tropecemos en la ocasión, ni caigamos en la culpa! ¡Tal y tan grande es el deseo y empeño, que tienen por conducirnos á la gloria! ¡Cuál, pues, deberá ser nuestra confianza en estos conductores celestiales! ¡Cuál nuestro agradecimiento y fiel correspondencia á sus angelicales desvelos!

Alma abismada en la culpa, corresponde á los deseos de tu buen Ángel. Trata de salir de ese lastimoso estado. Sabe que no te ha desamparado, aunque lo tienes bien merecido, y que si emprendes salir de él, te ayudará solícito y diligente; pero si te obstinas en continuar en un estado tan lamentable, llegará la muerte acaso cuando estés más descuidada, y en un momento te hallarás en el juicio soberano. Allí te acompañará todavía tu buen Ángel, pero ya allí nada podrá hacer por ti. Allí ya no hará otra cosa que presentar un alma obstinada, que ha inutilizado cuántas diligencias ha hecho por salvarla: un alma que se ha perdido á su vista y en su misma compañía, y que le ha privado de la gloria de llevarla consigo al reino de los cielos. ¡Alma inmensamente desgraciad! En aquel terrible momento tu Angel te desampará para siempre; se retirará de ti triste y afligido, si es que puede afligirse un ángel, y con su ausencia hará lugar al demonio para que entre á ocupar su puesto y á ser tu compañero, mejor diré tu verdugo, por toda la eternidad. ¡Cambio horrible, que solo imaginado extremece, pero cambio inevitable si no sales del pecado!

Y tú, alma virtuosa, que, respetando la presencia continua de tu buen Angel, llevas una vida pura y ajustada, y que, dócil á sus inspiraciones, procuras corresponder á las

diligencias que éste encargado de Dios practica por salvarte, no temas. El te llevará por el desierto de este mundo á la tierra prometida; él te presentará triunfante de tus enemigos á los piés del Juez soberano. Allí verás la multitud de peligros de qué te ha librado sin que tú lo hayas advertido, las continuas peleas que ha sostenido por defenderte, y las exquisitas diligencias que ha practicado por salvarte. ¡Cuál será allí tu agradecimiento á este compañero fiel, y tu reconocimiento á este bienhechor celestial! ¿Encontrarás palabras ni expresiones con que manifestársele? Pero sobre todo ¿cuál será allí tu gozo y tu enajenamiento al ver que este Angel del Señor te torna de la mano y se encamina contigo al reino de los cielos; que te introduce en sus gloriosas moradas y te coloca á su lado para ver á Dios y gozarle por toda la eternidad en su compañía y á su vista? ¡Ah! este gozo puede experimentarse, pero no puede explicarse.

¡Oh ángeles de nuestra guarda! guardadnos con tanto empeño, que consigais el triunfo de llevarnos al reino de los cielos. ¡Oh nuestros queridos ángeles! No permitan los cielos que nos apartemos jamás de vuestra compañía. Conocemos y confesamos lo mal que hemos correspondido hasta aquí á los buenos oficios que, continuamente habeis hecho con nosotros desde que vinísteis del cielo á custodiarnos. Olvidaos, príncipes celestiales, de nuestra infiel correspondencia. Nosotros prometemos desde ahora proceder con todo el respeto que os debemos, y con toda la compostura que pide vuestra angelical presencia. Prometemos corresponder finamente á vuestros cuidados y diligencias. Continuad, ángeles del Señor, compañeros incomparables, celestiales bienhechores, continuad vuestros desvelos por nuestra salvación. Defendednos de nuestros continuos y terribles enemigos; apartad de nosotros las ocasiones; libradnos de los peligros y alcanzadnos del Señor las gracias que necesitamos para vivir en la virtud, morir en su divina amistad, y entrar, conducidos de vuestra mano angelical, en las mansiones de la gloria, á ver á Dios y gozarlo en vuestra amabilísima compañía por los siglos de los siglos. Amén.

EXPLICACIÓN DE LA LÁMINA

Moisés, en el monte Sinaí, recibe de Dios, en medio de prodigios, las tablas de la Ley, donde estaba escrito el Decálogo, ó sea los Diez Mandamientos de la ley de Dios, tres en una tabla, y siete en otra, baja de la cumbre despidiendo gloria del rostro, y los intima al pueblo¹. Estos Mandamientos, fundados en Dios y en la naturaleza del hombre, son eternos; y el Hijo de Dios dijo que no venía á destruir la ley, sino á darla cumplimiento². Un joven se le acerca y le pregunta ¿cómo se salvará? y el divino Maestro responde: «Si quieres ir al cielo, practica los Mandamientos»³. Estos se explican en la *Tercera Parte* del Catecismo. —Como en el cuarto se manda obedecer á los Superiores, también debemos *practicar* los Mandamientos de la iglesia, y los deberes anejos á nuestro estado.

¹ Exod XXVI.

² S. Matth. V.

³ S. Matth. XIX, 17.



Si quieres ir al cielo, practica los Mandamientos. (Matth. XIX, 17).